

**LA LUZ DE UNA MADRE SOLTERA INGANA EN
BOGOTÁ**





Crónica para optar por el título de profesional de
Periodismo y Opinión Pública

AUTOR

Sebastián Bessolo Velásquez

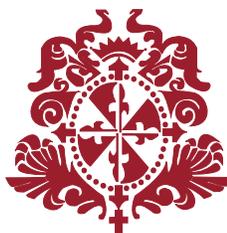
DIRECTOR DE TESIS

Diego Guerrero

DISEÑO E ILUSTRACIONES

Vanessa Andrea Reina Moreno

Escuela de Ciencias Humanas
Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del
Rosario.



Universidad del Rosario
Bogotá, Colombia 2014





LA LUZ DE UNA MADRE SOLTERA INGANA EN BOGOTÁ

SEBASTIÁN BESSOLO VELÁSQUEZ

Monografía de Grado para optar por el título de
Periodista
Director: Diego Guerrero

Bogotá D.C.
Escuela de Ciencias Humanas
Universidad del Rosario
2014





Contenido

INTRODUCCIÓN.....	4
El encuentro con la parte indígena de Bogotá.....	4
CABILDANTE... ¿NO HAY CABILDO?.....	9
MARY LUZ TINSOY QUINCHOA. UNA MADRE SOLTERA INGA EN BOGOTÁ.....	14
CERO Y VAN DOS.....	17
MEJOR SOLA QUE MAL ACOMPAÑADA.....	19
NI A PUNTA DE ‘FUETAZOS’	24
REFERENCIAS CONSULTADAS.....	27





AGRADECIMIENTOS

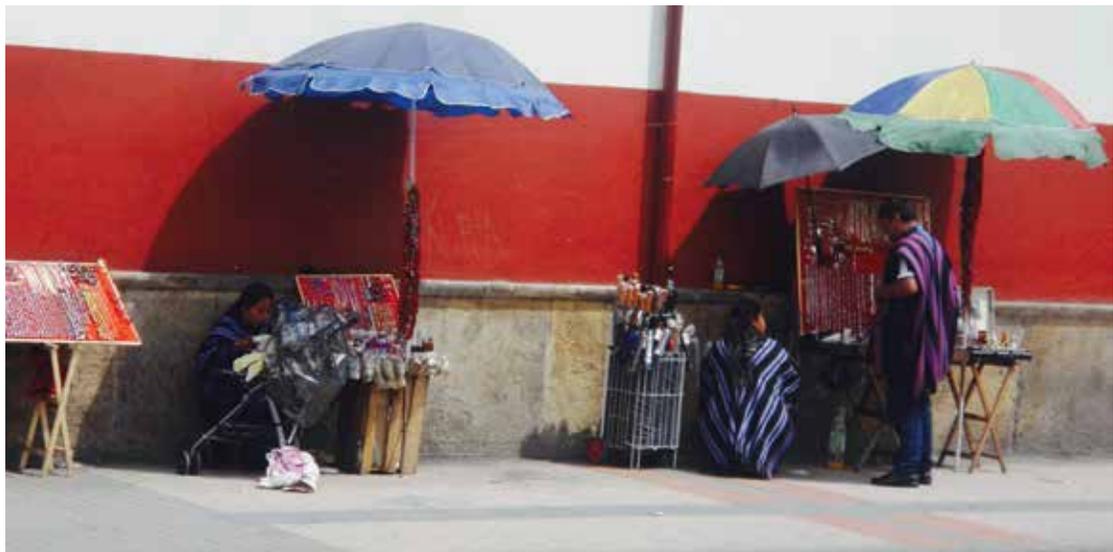
Agradezco a todas las mujeres inganas que me acogieron con calidez y amabilidad en este proceso que me ha permitido conocer sobre sus vidas y los procesos reivindicativos que día a día construyen desde su feminidad, maternidad y actividades laborales, con la esperanza de dejar en las generaciones futuras el orgullo de su identidad indígena, que en medio de los cambios socio-culturales, pervive en la construcción de memoria al interior de sus familias y en las actividades que lleva a cabo el Cabildo Inga de Bogotá.

Mis agradecimientos a la concejal de Bogotá Ati Quigua por sus aportes y el tiempo otorgado. Especialmente agradezco a Antonia Agreda por compartir su conocimiento y por las enseñanzas otorgadas respecto a las políticas del cabildo inga, y la labor que han desempeñado las mujeres inganas en la elaboración de leyes y estrategias para la pervivencia de la identidad cultural de la comunidad.

Así mismo, mi profundo agradecimiento a Mary Luz Tinsoy Quinchoa, que me abrió las puertas de su vida y a través de su historia me enseñó sobre la maternidad, el esfuerzo, la motivación de una madre y la esperanza de un mejor futuro para las generaciones por venir de la comunidad inga residente en la capital.

A Zayda Moreno, por ser una guía y compañía incondicional en la construcción de éste trabajo que de alguna manera visibiliza la situación de las mujeres inganas bogotanas, sobre todo de aquellas que asumen el papel de madre soltera, y por su orientación en la intervención que realiza la Secretaría de Integración Social alrededor de asuntos étnicos del Distrito, por sus enseñanzas y por creer en éste proyecto. A mis padres, a César Cely, a Diana Triana y a Carolina Hernández, a Odile Bouchet, por su apoyo moral, su amistad, su amor y su compañía a lo largo de la construcción de éste trabajo.

Por último y no menos importante, agradezco a Diego Guerrero y Claudia Cortés por su guía en este proceso, por la dedicación y apoyo en la elaboración de este trabajo de grado. A Claudia por su emoción, por compartir su conocimiento antropológico, por el compromiso. A Diego, gracias por su guía periodística, por compartir su experiencia, conocimiento y creer en este trabajo que visibiliza una realidad latente en esta ciudad multicultural, mágica y llena de historias por descubrir.



Fotografía por Sebastian bessolo





INTRODUCCIÓN

El encuentro con la parte indígena de Bogotá



Fotografía por Sebastián Bessolo

Todo comienza con la pregunta ¿qué es ser indígena? Si mis caminatas por el centro de la ciudad, en el que me he sumergido durante los últimos ocho años, no despertaran esa sensación mágica de intriga que se oculta entre calles, esa necesidad de observar más allá de la arquitectura colonial y nuestra imponente muralla verde que despliega multiplicidad de matices, no estaría caminando por Bogotá, cargada, saturada, impregnada de historias en cada rincón.

Un día caótico, como muchos en la capital colombiana, el Transmilenio convulsionó en la estación de la Avenida Jiménez. Mientras esperaba que el semáforo diera luz verde para continuar el trayecto que me permitiría llegar temprano a casa, la imagen de una mujer indígena sentada en un andén, en plena calle, congeló mi respiración. Me pregunté durante todo el camino cómo era posible que nunca antes me hubiese cuestionado sobre el tema indígena en mi país, que la cotidianidad hubiese cerrado mis ojos y





que naturalizar mis rutinas me engeguera, mientras me formaba como antropólogo y periodista.

Trascurrieron los días y San Victorino, ese lugar para mí desconocido, se convirtió en un enigma. Entonces la imaginación me llevó a un juego no planeado en el que quise ser un detective. Luego, quise ser más bogotano, más indígena y la emoción se apoderó de mi sentir cuando me decidí a tratar de descifrar de qué comunidad era esa mujer que vi por primera vez. ¿Cuántas comunidades indígenas estarían establecidas en Bogotá? ¿Cuál será su situación? ¿Vivirían en el centro? ¿Tendrían ayuda del Distrito? ¿A qué se dedican? ¿Cómo educarán a sus hijos?, etc...

Entonces, ansioso por descubrir y tratar de resolver un laberinto de preguntas que hicieron un profundo eco en mi interés por el tema indígena, por mi preocupación por la humanidad en estos tiempos de multiplicidades, hibridación y bombardeos de información, me concentré en la mujer indígena, y empecé por donde debía ser, dar el primer paso: entrar a San Victorino y avanzar todos los que fuesen necesarios.

Durante dos semanas, después de terminar clases, emprendía caminatas en las que cada paso me hacía más extranjero en mi propia ciudad. Agobiado por ese sentimiento me impulsaba con la emoción que me ha permitido, después de dos años, entender un poco más la situación de nuestros ciudadanos indígenas, pero eso se lo cuento más adelante.

Y bien, mientras las ventas ambulantes dificultaban cada vez más mis pasos, aparecían los rostros que hasta allí me condujeron. La imagen que congeló mi respiración aquella vez, volvió para hacerme palpar fuerte y asombrarme porque ya no era una sola mujer, eran familias, hombres, mujeres, niños, trajes, collares y conversaciones en un idioma que no entendía.

Con timidez, pero ansioso y



apresurado me dirigí a un hombre de pelo negro y una trenza que le llegaba debajo de los hombros y le dije: “Disculpe, ¿puedo hacerle una pregunta?” Me respondió que sí, tomé aire y le dije, ¿de dónde son esos sombreros? Él me respondió: “Son otavaleños”. Su respuesta me dejó aún más intrigado, me sentí completamente ignorante y mi cara se lo dio a entender, por lo que enfatizó: “Son ecuatorianos, de Otavalo, nosotros somos kichwas”.

Una pregunta más en mi repertorio: ¿kichwas? ¿Cómo es posible que no haya escuchado sobre ellos? Además son extranjeros, pensé que eran colombianos. Así, día a día, durante mis caminatas hacia la Plazuela de San Victorino, observando ventas ambulantes y locales comerciales, tuve la oportunidad de entablar conversaciones con personas de la comunidad kichwa respecto a los productos que comercializan y gracias a la pregunta que le hice al primer hombre al que me atreví acercarme, pude aventurarme de decir: ¿este pantalón es otavaleño? Así con varios productos, y mientras transcurrían los días, mi timidez desaparecía, pero descubrí que en los kichwa o Quechua es una característica y entre más intenté acercarme, entendí que son callados y que ganarse su confianza no es nada fácil.

Durante tres meses inmerso en el movimiento de ríos de personas y comercio de San Victorino, me encontré con el Centro Comercial Caravana, ubicado en la calle Décima con carrera Décima. Me sentí en un lugar distinto a Bogotá, no sólo por la decoración de los locales, sino porque la comunicación no era en español. Me encontraba rodeado de hombres, niños y mujeres

indgenas que se diferenciaban de los kichwa, principalmente en sus vestidos. Aunque no conozco el dialecto, los días que compartí con la familia Velásquez Majabí, me permitieron notar que no todos hablaban de la misma manera y caminando entre la mercancía y el comercio me encontré con la





palabra “Inga”.

No fue sólo la palabra, sino el trasfondo cultural, el movimiento, la actividad comercial y la presencia de la comunidad en éste sector el que me motivó a continuar saber aún más sobre ellos. Se trataba de toda una cultura, de tradiciones, de pervivencia, de encuentros.

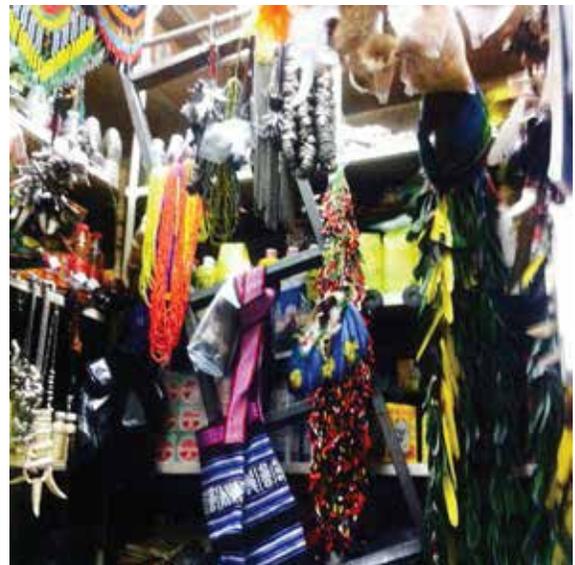
Debido a que el cabildo kichwa me negó su respaldo en la investigación, tuve que dejar de trabajar con ellos, desde luego sin olvidar lo aprendido. Al principio pensé que mi trabajo había sido en vano, pero en realidad, había subido varios escalones, ya conocía el sector, tuve la oportunidad de compartir con una familia Kichwa y conocerlos.

Pude profundizar respecto a indígenas en la ciudad. Llegué al Ministerio de Cultura, conocí la Organización Indígena de Colombia (ONIC), me ilustré sobre los procesos de los cabildos en Bogotá y cuando llegué a la comunidad inga, abrí una nueva puerta, con la ventaja de los pasos que enriquecieron mi visión y el enten-

dimiento sobre la diversidad de lo indígena, que apenas comenzaba y que aún no termina.

Con más herramientas y en busca de apoyo institucional, me dirigí a asuntos étnicos del Ministerio de Cultura, con la fortuna de conocer a Consuelo Méndez, una funcionaria que escuchó el proyecto y sin recelo me ofreció contactarme con una mujer ingana, que hasta ese entonces era tan desconocida como todo lo referente a su comunidad y los procesos culturales que desarrollan en la ciudad.

De igual manera, mientras transitaba en nuevos conocimientos, encontré a Zayda Moreno, funcionaria de Integración Social del Distrito, quien ha trabajado con los inganos de Bogotá por varios años y me abrió una puerta para conocer ese mundo de tradiciones. Así, antes de contactarme con el cabildo inga de Bogotá, tuve la fortuna de conocer a Antonia Agreda, una mujer emprendedora, ícono de las comunidades indígenas de Colombia y líder ingana, no sólo por ser la primera gobernadora del cabildo, sino por el trabajo que realiza en



Fotografías por Sebastián Bessolo





pro de sus paisanos y sobre todo, por formar parte de la lucha de la reivindicación de la mujer indígena tanto en el marco de la jurisdicción propia de los inganos bogotanos, como en el marco de la ley colombiana.

Sin duda, la elocuencia y el conocimiento de Antonia respecto a la comunidad inga en la capital, así como su apropiación del discurso académico, en conjunción con su sabiduría respecto a temas de educación, género, leyes y etnoeducación, me llevaron a trabajar con el Cabildo Inga de Bogotá, a descubrir sus procesos, avances y problemas. Además, su amabilidad e interés en mi proyecto, otorgaron el impulso para iniciar la investigación.

Gracias a Antonia y al Gobernador a cargo en 2010, el señor Victor Tandioy, tuve la oportunidad de acercarme a una comunidad que me maravilló y me permitió descubrir el encanto de una cultura que trabaja en la construcción de estrategias para la pervivencia de sus saberes y tradiciones en medio de las transformaciones implícitas en la historia de su comunidad y en los procesos que se desarrollan alrededor de la conservación de una identidad cultural que no sólo late en la lejanía de los lugares que alguna vez nos narraron en el colegio, sino que están en nuestra ciudad, en nuestra cotidianidad y que hacerlo visible sólo es posible desmitificando la figura indígena anclada en las selvas y las montañas, reconociendo la labor que emprenden para conjugar la tradición con el presente en las urbes, con la configuración de una identidad ingana-bogotana, que se arraiga en las concepciones de los inganos que llegaron a Bogotá hace más de 30 años para establecerse, transformarse, permanecer y avanzar.

No me alejé del sector. Al contrario, encontré que San Victorino puede ser más grande que sus límites geográficos, no sólo por la cantidad de locales y edificios que contienen variedad de locales comerciales y

productos, sino por su riqueza cultural, porque reúne a los bogotanos, no sólo aquellos que han nacido acá, sino a los que viven en la ciudad.

Así, en medio de la convulsión que parece no cesar en el sector, los ingas han encontrado un espacio para compartir con personas de todas partes del país y extranjeros, en torno a la actividad comercial que es el principal sustento económico y una actividad característica de estos ciudadanos en los que se imbrican las raíces del Valle de Sibundoy con las gestiones políticas que buscan reivindicar sus derechos, promover y gestionar cambios de los que son conscientes.

Apropiándose de ésta geografía que ha visto nacer nuevas generaciones, que desde su jurisdicción, procuran proteger el conocimiento ancestral que sus abuelos dejaron como legado en historias, en sus tejidos, en el conocimiento de plantas medicinales, en la lengua, en las canciones y en el respeto por todos los seres del planeta.

Sin duda, en medio de todo éste proceso, las mujeres han logrado mantener las tradiciones, y liderar en aspectos políticos y sociales. Así mismo, asumir la maternidad con los retos del trabajo diario y el sostenimiento del hogar, lo cual se constituye en un cambio cultural importante, con relación al trabajo de sus abuelas. Lo anterior se encuentra implícito justamente en las transformaciones de las prácticas y la cotidianidad de las inganas residentes en Bogotá, dentro del marco de las leyes nacionales y sus respectivos límites.

De igual manera, el acercamiento a la visión de la concejal indígena de Bogotá, Ati Quigua, respecto a la maternidad, otorgan una aproximación a lo que está sucediendo en Bogotá y la conjunción entre los conocimientos tradicionales y las políticas alrededor de ello.





Veremos pues, qué piensan estas mujeres de la maternidad y particularmente el caso de una, que la ha asumido sola con los avatares de crecer en Bogotá, desprovista de educación y familia.

Éste reportaje surge de una investigación antropológica precedente, relacionada con el liderazgo femenino de las inganas Bogotanas, del cual nace la inquietud por la maternidad y el madresolterismo en ésta comunidad reconocida como cabildo urbano de la ciudad de Bogotá.

Para la realización de esta investigación, inscrita en un lenguaje periodístico

de reportaje, se trabajó el método etnográfico y de entrevista. Las entrevistas se realizaron en 2011, y febrero y marzo de 2012. Así mismo, el presente reportaje es el resultado de un trabajo de observación de dos años, en las festividades, actividades desarrolladas por la Secretaría de Integración Social y reuniones del cabildo inga. De manera periódica, se realizaron entrevistas, observación participante y visitas en las casas y lugares de trabajo de las mujeres entrevistadas, principalmente en la localidad de Santa Fe en el centro de la ciudad.



Representación Ilustrada de Yisel; hija de Mary Luz.

* Para proteger la identidad de la menor se realizó una ilustración con sus modificaciones respectivas.





CABILDANTE... ¿NO HAY CABILDO?

Desde el año 1992, el Cabildo Inga es reconocido en la ciudad de Bogotá como un espacio en el que la comunidad, proveniente de Putumayo, cuenta con la posibilidad de ejercer sus propias leyes y lograr cohesión social, inscritos en el marco de la constitución de 1991, en la que Colombia es un país reconocido como “Pluriétnico y Pluricultural”.

Según la Política Pública indígena de Bogotá, presentada en el 2011, el Cabildo Indígena se define como “un establecimiento público de carácter especial cuyos integrantes son miembros de una comunidad indígena, elegidos y reconocidos por ésta, con una organización sociopolítica tradicional, cuya función es representar legalmente a la comunidad, ejercer la autoridad y las competencias y funciones que le atribuyen las leyes, sus usos y costumbres y la ley de origen o de hecho mayor o propio de cada comunidad”.

Con esta declaratoria, las mujeres pertenecientes a esta institución política han logrado ejercer en cargos públicos como gobernadoras y alcaldesas, desarrollando alternativas y proyectos para mejorar la calidad de vida de los inganos residentes en la capital del país. Así pues, en 1998 surge el primer manual, que hasta la actualidad,

dictamina los derechos y deberes de los cabildantes inganos en el marco de las tradiciones y conocimientos ancestrales de la comunidad.

Este recinto sagrado donde confluye el pensamiento de los cabildantes, taitas, abuelos y abuelas, como le llaman a los mayores, se encuentra ubicado en la carrera Décima con calle Décima. Allí también funciona el centro comercial Caravana, conocido por la venta de remedios naturales y la concentración de los inganos en los locales comerciales que allí se encuentran.

Y afuera del “Caravana”, como se le conoce de forma coloquial, una mujer de 20 años, trabaja en un puesto ambulante sentada al lado de sus dos hijas, rodeada de

Según la Política Pública indígena de Bogotá, presentada en el 2011, el Cabildo Indígena se define como “un establecimiento público de carácter especial cuyos integrantes son miembros de una comunidad indígena, elegidos y reconocidos por ésta, con una organización sociopolítica tradicional”.





Fotografía por Sebastián Bessolo

comercio de prendas artesanales, remedios para la protección del cuerpo y el alma, transeúntes apresurados, el ruido de los buses de la calle Décima y la contaminación atascada entre las carreras que conservan los trazos de la arquitectura colonial que pervive en el centro de la ciudad. Ella se encarga de sus dos pequeñas, con la mirada atenta y vigilante, mientras espera la llegada de clientes a su pequeño puesto y con la mano cargada de los inciensos que le permiten darle de comer a sus hijas, pagar un alquiler y soñar con un mejor futuro.

Su nombre es Mary Luz Tinsoy Quinchoa. Sus apellidos permiten rastrear sus ancestros indígenas y sus trazos físicos evidencian una juventud que fue alcanzada por los afanes de la adultez implícita en las responsabilidades y los compromisos económicos. Acompañada por dos pequeñas a su lado derecho, es posible reconocer que se trata de sus hijas. La más grande juega con una botella de plástico, la más pequeña mira a su hermana mayor que

se abriga con una ruana de color beige. Se encuentran en plena calle en el centro de la capital. Son dos pequeñas saludables, bien vestidas, arregladas el cabello recogido. La mirada de Mary Luz está atenta cuidándolas en medio de la congestión formada por un sinnúmero de peatones.

La relación de esta mujer con el Cabildo, figura política y social que se encarga de promover el cumplimiento de los deberes y derechos de los pertenecientes a éste, no tiene que ver con un cargo público, una función política o una actividad que la destaque como líder. Mary Luz es parte del Cabildo Inga de Bogotá, porque es

El Cabildo Inga de la capital del país, está compuesto por 150 familias, alrededor de mil quinientos inganos, de los cuales más de la mitad son mujeres, con un promedio de setecientas.





reconocida como ingana, porque sus padres provenían de Putumayo y fueron conocidos en la comunidad. Sin embargo, al ser reconocida como parte de la comunidad, ella y sus hijas deben acogerse a las leyes indígenas inganas. Así mismo, deberían recibir un respaldo, asesorías y soporte por parte de sus gobernantes o encargados del bienestar comunal. Aún así, esto no ocurre. No ha recibido apoyo por parte de la comunidad a la que pertenece, pero sí por parte del Distrito, dentro del modelo de ciudad y las políticas de integración social.

En repetidas ocasiones ha subido los tres pisos que conducen hasta la sede principal del Cabildo. Esto no ha sido problema para ella, pues la ubicación de esta institución favorece a los inganos para encontrarla fácilmente, ya que se encuentra en el Centro Comercial Caravana donde la mayoría trabaja y donde se encuentran con frecuencia. Para Mary Luz, subir las escaleras entre esa entrada escondida y oscura, es sinónimo de regaños y no de soluciones por parte del Gobernador, que “si no está arriba, seguramente está en reuniones”, expresa.

Como madre soltera no ha contado con apoyo financiero o institucional por parte del cabildo, pero en la búsqueda de alternativas para mejorar su calidad de vida y las de sus hijas, la Secretaría de Integración Social le ha prestado los auxilios básicos para sortear las dificultades que atraviesa en su situación particular. Mary se beneficia de los subsidios del Distrito, mientras el Cabildo permite que los inganos se informen y sigan las indicaciones para hacerlo.

Sin educación básica y con poco conocimiento del funcionamiento del cabildo, Mary Luz ha aprendido los reglamentos de esa institución inga de Bogotá de manera empírica a diferencia de otras mujeres y hombres pertenecientes al cabildo inga de la capital del país, compuesto por 150 familias, alrededor de mil quinientos inganos, de los cuales más de la mitad son mujeres, con

un promedio de setecientos.

Entre todas estas inganas bogotanas, el caso de Mary Luz es particular. A diferencia de sus paisanas, como se llaman entre sí, inmersas en la participación dentro de las actividades que se desarrollan en comunidad, la toma de decisiones y las labores que desarrollan en el jardín infantil inga o la formulación de decretos y leyes; Mary Luz sabe que heredó su puesto en el cabildo gracias a su ascendencia inga, a sus apellidos y la figura que alguna vez ocuparon sus padres ya fallecidos.

Con un hermano cuyo soporte emocional y financiero es ella, Mary Luz pensó que en el cabildo encontraría el apoyo que necesitaba debido a su compleja situación. Según Antonia Ágrede, creadora de la ‘Formulación participativa de la Política Pública Distrital para el reconocimiento, garantía, protección y restablecimiento de derechos de los pueblos indígenas en Bogotá’, además de líder reconocida en la esfera política de los inganos bogotanos:

“Ser mujer indígena es ser un guerrero, una guerrera permanente, porque es que hay muchos, digamos, hay muchas dificultades que sortear. Primero el que le crean en su propia comunidad, ese es la primera batalla que hay que dar. Si a ti no te conocen y no te consideran tu propia comunidad, pues es difícil. Segundo, el permanecer con una relación muy ecuánime, no solamente con los hombres de la comunidad sino con las mismas mujeres de la comunidad”

Las jerarquías determinan las posibilidades que las mujeres indígenas tienen de acceder a ciertas esferas para mejorar su calidad de vida y la de las futuras generaciones. Aunque Antonia y Mary Luz son inganas y residen en la capital, no cuentan con las mismas oportunidades y el respaldo del cabildo. Antonia proviene de una familia reconocida por su participación política, mientras Mary Luz afronta una situación de





abandono. Sin embargo, ambas comparten el espíritu guerrero de las indígenas urbanas, que acentúan su voz para promover el cambio.

Por su parte, Ati Quigua, representante de las comunidades indígenas, madre, hermana, hija y ex Concejal de Bogotá se refiere a la maternidad desde una perspectiva ligada a su conocimiento ancestral: *“La mujer es tierra, la mujer es agua, el hombre es fuego, es viento y juntos somos complemento y para nosotros es tiempo de la madre, entonces ese camino del agua, esos caminos de la tierra van a replantear un orden de convivencia distinto, entonces a partir de este ritual asumo mi responsabilidad como madre en el mundo.”*

Este pensamiento es importante en el contexto de la maternidad indígena porque resalta la necesidad del equilibrio entre hombres y mujeres, así como el rol de la transmisión de conocimientos y prácticas culturales a las nuevas generaciones.

En el caso de Mary Luz, su experiencia como madre y sustento del hogar, se encuentra ligada a las posibilidades que le

otorga la calle y los clientes que pueda lograr para llevar el sustento diario de un núcleo familiar, cumpliendo con la responsabilidad de ser madre, en medio de los avatares que acarrea la vida en la ciudad. En el caso de Antonia y Ati, su formación y experiencia profesional, les ha permitido acercarse a los procesos políticos y los avances en términos de inclusión de las comunidades indígenas en el marco de las leyes nacionales. Estas mujeres son reconocidas como representantes de la voz indígena, tanto masculina, como femenina.

Así mismo, estas mujeres se destacan en el avance de políticas en beneficio de las poblaciones indígenas de Colombia, incluyendo los indígenas urbanos, el respeto de las tradiciones y leyes propias. De igual manera, como lideresas indígenas han realizado propuestas para la protección de la naturaleza y la biodiversidad biológica y cultural.

Aún así, desde su cargo público, éstas mujeres viven un alejamiento obligatorio de las realidades de sus paisanos. Como funcionarias, sus actividades se



Fotografía por Sebastián Bessolo



encuentran ligadas a múltiples reuniones y labores de oficina, que las distancian de la situación de otras mujeres como Mary Luz, que no cuenta con educación superior y es madre cabeza de familia. Aunque Mary se encuentra inscrita en el Cabildo Inga de Bogotá, su caso no ha sido atendido por las autoridades tradicionales, como ella lo esperaba

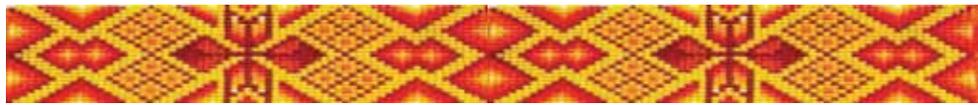


Sus días pasan en las calles del sur de Bogotá. Orgullosa del trabajo ambulante que realiza, tiene la esperanza de mejorar su calidad de vida, pero sobre todo la de sus hijas. Esta mujer guerrera sabe que sus hijas podrán tener mejor calidad de vida por medio de la educación, así como Antonia y Ati lo han logrado.



Corona y Kapisallu de los líderes espirituales y políticos del Cabildo





MARY LUZ TINSOY QUINCHOA: UNA MADRE SOLTERA INGA EN BOGOTÁ



Fotografía por Sebastián Bessolo

Los ríos de esta ciudad cambian de color con cada reflejo de diversidad que acompaña a la capital y en medio de ellos, en La Plaza de Bolívar, Mary Luz Tiso Quinchoa se encuentra entre la magnitud de los edificios con su pequeña hija de 4 años. Es una mujer de baja estatura, que deja asomar en sus facciones la juventud y el peso de una vida difícil.

Sus ojos reflejan tristeza, pero sus manos evidencian el trabajo y el empen-

dimiento que ha forjado su carácter en los 20 años en los que ha florecido y marchitado su relación en pareja. Mary Luz es bogotana de nacimiento y de origen inga. “Hablo de la comunidad inga desde las enseñanzas de mi mamá, porque yo crecí acá y he vivido acá. Nunca he ido a Putumayo porque no tengo plata para el pasaje”. Así inicia una larga conversación que refleja lo que ha sucedido con los indígenas urbanos.





Nacidos en medio de la diversidad de las ciudades, recrean las historias de sus familias, que en el caso de la comunidad inga han llegado a la ciudad en busca de nuevas oportunidades laborales y a comercializar la medicina ancestral que da muestra sus conocimientos sobre plantas medicinales y remedios para el cuerpo y el alma.

Esto le sucedió a la familia Tisoy Quinchoa, que llegó de Santiago, Putumayo, en busca de comercializar sus medicinas ancestrales y tejidos en manillas de colores que expresan las “pintas” que se manifiestan en la toma sagrada de yagé. Así mismo, la elaboración de brazaletes y tejidos, muestran los conocimientos sobre el poder de los dioses de la naturaleza, y en Bogotá, esta sabiduría hace parte de su trabajo cotidiano para mejorar la suerte y la salud espiritual de las personas.

Todo eso que aprendieron de los Taitas se transforma en una práctica habitual en la urbe que los acoge en medio de nuevas dinámicas, que principalmente se centran en la comercialización de remedios para el alma y la protección.

Aún así, en los últimos 30 años, la configuración de la comunidad inga en Bogotá ha vivido transformaciones significativas en términos de política y desarrollo de alternativas para la pervivencia del saber cultural, en medio de luchas internas que proponen nuevas leyes para su jurisdicción propia, como en términos de políticas públicas para la inclusión de las comunidades indígenas residentes en la capital colombiana.

En medio de los cambios y la necesidad de mantener latente el conocimiento ancestral de la comunidad inga, Mary Luz se encuentra viviendo su propia lucha, aferrada a la ilusión de salir adelante con sus dos hijas en medio de una situación en la que debe sortear las dificultades que atraviesa en la ciudad, con la poca ayuda que le presta su cabildo y el distrito, esper-



anzada en mejorar su condición de vida y la de sus dos pequeñas.

Todo comienza con una historia de amor que envuelve a dos adolescentes nacidos en Bogotá. Ambos hijos de padres inganos, provenientes de Santiago, Putumayo. Una fiesta en el barrio Las Cruces en el centro de la ciudad, un espacio geográfico que conoce los pasos de Mary Luz, desde que nació. Al principio la relación con el actual padre de sus hijas, Luis Alberto Tisoy Tandioy, fluía con tranquilidad. Después de seis meses de noviazgo, decidieron vivir juntos y formar una familia. Arrendaron una habitación en la calle segunda y forjaron su hogar en una casa de estilo colonial que deja ver el paso de los años y el deterioro de sus muros, así como el de este barrio que alguna vez fue emblemático para la capital.

Ambos dedicados a la venta ambulante, él en el Centro Comercial Caravana en la calle Décima con carrera Décima y ella en distintos barrios en el sur de Bogotá en los que trabaja actualmente: Rincón, Bosa, Gaitana y Bilbao, comercializando inciensos, trabajaban para construir su familia.

Ella de 15 años y el de 19, se preparaban para la llegada de su primer hijo. Luis Alberto tomaba hasta perder la consciencia y llegaba tarde a la casa, pero ayudaba con el mercado y el arriendo. Para Mary Luz esto siempre fue normal, pues

“los hombres acostumbra a tomar hasta quedar borrachos y eso pasa casi todos los días, no importa si es fin de semana o no, uno sabe que los hombres son así. Además se reúnen hasta los del cabildo, los que dirigen y gastan trago y se emborrachan”.

Esta situación que describe Mary Luz, parece ser un hábito para los inganos oriundos de Putumayo o nacidos en Bogotá, y de ello no se escapa el padre de sus hijas. Al contrario, su adicción al licor empeora cada día más. Cuando nació su primera hija Paula Andrea, Mary Luz pensó que él iba a cambiar y que dejaría de tomar desmesurad-





amente, pero ha sido todo lo contrario, ya no hay apoyo financiero. No hay afecto y mucho menos respaldo. *“Todo se lo gasta tomando y no está con nosotras. Yo me cansé de eso”*, expresa.

En medio de las dificultades económicas, Mary Luz nunca dejó de trabajar y con su bebé en hombros continuó recorriendo las calles para comerciar y juntar 12 mil pesos diarios cuando vendía toda la mercancía. Sus inciensos han sido el producto principal que vende y nunca falta.

En algunas ocasiones llevaba pomadas para los dolores musculares y esta rutina variaba cuando lograba reunir el dinero para tomar un bus, de lo contrario, las caminatas de una hora o un poco más, la conducían hasta los posibles clientes del día, mientras atravesaba calles, puentes y avenidas con dos pequeñas a su cargo, por lo que siempre ha sido importante *“que yo vaya despacio y mirando para todo lado”*, expresa.

Cuando Mary Luz no lograba la cuota del día, 10 mil pesos eran lo justo para

tomarse una sopa y comprar la leche de su bebé. La situación se ha complicado con el paso de los años.

La misma cantidad de dinero hace parte del diario de ella y de sus dos hijas que viven en la actualidad en la casa de los padres de su ex marido, Luis Alberto, pues sin más familia a la cual pueda acudir, esta ingana bogotana se ve resignada a pasar sus noches en la habitación que le alquilan a ella y sus pequeñas hijas que duermen con ella, en el segundo piso de una casa vieja en el barrio Los Laches, en el centro de la capital del país.

Entre la luz tenue que deja pasar la ventana de marcos de madera, entre el olor a humedad y tierra, a la madera vieja del piso trajinado, que parece ser el original de la casa antigua, Mary Luz y sus dos pequeñas han encontrado un lugar donde vivir. En una habitación de dos metros cuadrados, caen las noches a la espera de lograr su independencia total y darles un futuro digno a sus pequeñas, de las que está segura aprenderán a no depender de un hombre para surgir en la vida.



Mary Luz Tisoy Quinchoa





CERO Y VAN DOS

Enamorada del hombre que la conquistó y con la esperanza de construir una familia, Mary comenzó su vida junto a Luis Alberto Tisoy Tandioy, que al principio de la relación respondía con el sustento económico y le demostraba su cariño. Aunque no se casaron, ambos se denominaron esposos y formaron su hogar, trabajando para su sostenimiento y estableciendo su núcleo familiar.

Ambos trabajaron en puestos ambulantes de incienso, pomadas y collares de protección contra males para el alma, para reunir el dinero de la comida y el alquiler, pero poco tiempo después del nacimiento de su primera hija, él dejó de aportar económicamente y sus llegadas ebrio, sin dinero y en ocasiones asaltado antes de entrar a la casa al amanecer incrementaron. Mary cuenta:

“Ya no me daba ni siquiera para la leche de la niña, entonces me tocó trabajar el doble y con la ayuda de mi madrina reunía la plata para la comida de nosotras dos. Además llegaba borracho a poner problema. Al otro día yo me iba temprano a dejar la niña donde mi madrina y él se quedaba durmiendo. Así era casi todos los días, entonces yo me fui cansando de eso y aunque le decía que cambiara, que tenía que ayudarme, no me hacía caso y siempre peleaba conmigo”.

Ante esta situación, la resignación fue la alternativa para Mary Luz, que acostumbrada a ver este comportamiento en la mayoría de hombres inganos y también de otros que la rodean, siguió doblando su jornada para que no le hiciera falta la comida a su pequeña Paula Andrea. Esto implicaba dormir menos, y al anochecer debía resguardar a su hija en algún lugar. Además, Mary se arriesgaba a los peligros de la noche. Cuando terminaba de trabajar, entre las nueve y diez de la noche, alzaba en sus brazos a su pequeña y caminaba hasta la casa con frío, hambre y miedo.

Pasaron tres años y desesperanzada con el comportamiento de su compañero, continuó los días de trabajo de domingo a domingo, respondiendo como la cabeza del hogar económicamente y como madre. Sin apoyo de Luis Alberto, se adaptó a llevar a su pequeña en brazos cuando su madrina no podía hacerse cargo de ella. Temerosa por la salud de su hija y resguardándola de que las instituciones de protección de menores se la quitaran de los brazos por tenerla siempre con ella, le pidió ayuda a sus suegros para que la cuidaran en algunas ocasiones. Ellos accedieron con recelo, pero esto le ayudó a proteger a su pequeña.

Durante esos tres años y ya mayor de edad, decidió hablar con su esposo y le dijo que si no le ayudaba ella lo dejaría. Él





prometió cambiar y Mary Luz le creyó. Entonces recibió de nuevo su ayuda económica y una sorpresa más: sería madre nuevamente. Durante su segundo embarazo, las circunstancias le pintaban un nuevo panorama. Su esposo aportaba dinero para la casa, alrededor de 30 mil pesos diarios, y aunque seguía bebiendo ya no era tan seguido.

Pasaron nueve meses y recibió la dicha en sus brazos. Una pequeña hija que llamó Yisel, el miembro cuarto de la familia Tisoy Tisoy y un aliciente más para seguir construyendo la oportunidad de mejorar sus condiciones de vida en la selva de cemento, los pasos de la lucha y como su segundo nombre, una luz más brillante que se acentúa cuando ve a sus dos niñas sonreír, ajenas del dolor que carga su madre cobijada en un “capisayo” o “Kapisallu, una ruana de colores azul, rojo, negro y blanco que hace parte de los vestidos tradicionales de los inganos.

El de Mary Luz se ve opacado por el uso, pero sigue siendo su cobijo en las noches frías en las que a la intemperie trabaja por sus hijas, aguanta largas caminatas y se reconforta abrazando a sus dos pequeñas, que expresa con voz fuerte “son su razón de ser”.

Y la situación volvió a ser la misma. Como un ciclo que no parece terminar, Luis Alberto volvió a tomar. Esta vez con una respuesta contundente para su esposa: “Yo lo único que quiero es morirme”. Estas palabras la dejaron perpleja y le hicieron entender que para su esposo, ni ella ni sus hijas eran una motivación para salir adelante y mucho menos para vivir. Enseñada a no depender de él para salir adelante, siguió enfrentando las calles, con Yisel en los hombros, con Paula Andrea en una mano y con los inciensos en la otra.

Caminatas extenuantes por los Barrios donde ya tiene su clientela, donde ya la conocen, son también un paisaje familiar para sus hijas que cuando se



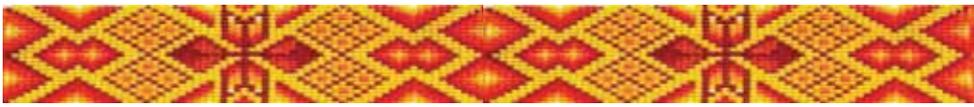
agotan, descansan junto a Mary sentadas en un andén, siempre lo mejor vestidas posibles, con una chaqueta que las proteja del frío y con cálidos besos.

Han pasado cinco años en los que Mary Luz intenta mantener la unidad de la familia, que se descompone no sólo por el comportamiento del que creyó la acompañaría hasta la vejez, sino por la contundente frase que muy bien supo comprender gracias a su inmenso aprendizaje en la universidad de la vida.



Representación Ilustrada de Paula Andrea; hija de Mary Luz.

* Para proteger la identidad de la menor se realizó una ilustración con sus modificaciones respectivas.



MEJOR SOLA QUE MAL ACOMPAÑADA

Sin esperar cambios ni promesas, tomó la determinación de alejarse de Luis Alberto siguiendo la enseñanza que su mamá le ha dejado como mayor tesoro: “No depender de un hombre para salir adelante”. Y aunque en su niñez ella fue testigo de una familia unida y trabajadora, el destino se encargó de enseñarle que sin un hombre al lado también es posible construir una. En este caso con sus hijas y la presencia intermitente de los miembros de su familia que aún se encuentran vivos.

Decidida a dejar a su compañero, enfrentó también los fuertes comentarios de otras mujeres inganas bogotanas que la rodean. Entre esos los de su madrina y la madre de Luis Alberto que rechazaron la decisión de la separación. “Es una vergüenza que una mujer ande sola con sus hijas sin un hombre”, cuenta Mary Luz que le decían y que constantemente la regañaban. Paradójicamente, estas palabras tan distintas a las de su madre vienen de mujeres de la misma generación a la que pertenecía ella. Sin embargo, Mary no piensa en lo que dicen los demás, sino en una vida tranquila para sus pequeñas. Esta decisión se ha hecho más fuerte debido a la terrible situación que tuvo que vivir en abril de 2011 que, como bien expone, “sentía que me desgarraba el corazón”.

Mary Luz tuvo que trabajar en la noche en Bosa, a una hora y media de su casa en bus y más de dos horas caminando, por lo que le pidió a Luis Alberto que se encargara de las niñas. Él dejó a la menor, Yisel, al cuidado de sus padres y salió con Paula Andrea para reunirse con sus amigos a tomar. Esa fue la noche que marcó para siempre la vida de Mary Luz, que juró que nunca volvería a pasar algo así, que nada haría apagar la luz que le da brillo a su vida.

“Llegué a la casa como a las dos de la mañana, después de trabajar un viernes todo el día para comprar la comida y pagarle el día de arriendo a mis suegros. Paula Andrea no estaba, Luis Alberto estaba llorando y la mamá de él también”, relata.

Esa noche de tragos, como casi todas para este hombre, salió de la juerga con la niña de la mano, somnolienta, agotada, a la espera de dormir protegida en los brazos de su madre y caminando por el barrio Las Cruces al cuidado de la figura de un sujeto que no podía mantenerse en pie, bajo el frío de páramo que trae el viento de las montañas a éste sector residencial anclado en la falda de los Cerros Orientales.

Este hombre de capisayo curtido, tal





vez más capitalino que ingano, de nombre Luis Alberto Tisoy, padre de Paula Andrea y Yisel, cayó inconsciente en un andén embriagado de su amargura y cotidianidad desalentadora sin pensar en la vida que se aferraba inocente a su cuidado. Llegó la Policía. Se llevó la niña y a este sujeto lo recluyeron en la UPJ (Unidad Permanente de Justicia), donde despertó sin recordar nada y 24 horas después salió rumbo a la casa de sus padres.

Mientras tanto, en la angustia que despertaba la incertidumbre y el vacío lleno de la ausencia de su hija mayor; desconociendo lo que había pasado y sin respuestas concretas, Mary Luz se dirigió a las tabernas que visitaba con frecuencia Luis Alberto, pero ya estaban cerradas, no había nadie. Luego fue a la policía, donde le dijeron que Luis Alberto estaba preso y que a su hija la habían llevado a Bienestar Familiar para darla en adopción. Desprotegida, derrumbada, abrumada y desgarrada, Mary Luz madrugó a la Secretaría de Integración Social sede Santafé. Contó su historia y recibió orientación de una trabajadora social. Allí la enviaron al ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar). Luego la remitieron al Hospital Santa Clara, ubicado en la carrera 15 # 1-59 sur, la cercanía con su casa, le permitió caminar hasta allí para enfrentarse a una serie de trámites que desconocía por completo y que, sentía, la alejaban cada vez más de su Paula Andrea, a la que pensaba recuperar ese mismo día. Por el contrario la dejó desconcertada y sumida en llanto.

Sin embargo, no se resignó ante la noticia que parecían dar en cámara lenta. “La niña se va a dar en adopción”, relata. Mary Luz inmediatamente preguntó qué debía hacer para que esto no sucediera, ella nunca ha pensado en separarse de sus hijas. “Mis hijas son mías, son lo más lindo que tengo. Por eso me levanto temprano, dejo en buenas manos a Yisel, con mi madrina, que me la cuida y le da cariño, le da la comida. Cuando ella no puede yo me la



llevo, pero siempre la tengo conmigo. Llevo a Paula al colegio y luego me voy a pie a trabajar, así llueva o haga sol, pero que a mis niñas no les falte la comida nunca. Ellas tienen a su mamá, me tienen a mí y yo hago lo que sea por mis hijas”, recalca. Sin embargo, los funcionarios de protección de menores cumplieron con su labor y dadas las condiciones en las que encontraron a paula Andrea, reaccionaron para protegerla y evaluar los mejores escenarios para la menor.

Firme en su postura, y decidida a recuperar a Paula Andrea, Mary Luz no descansó hasta que una trabajadora social del hospital la atendió para explicarle el proceso que debía seguir para volver a tener a la niña junto a ella. Durante el tiempo de evaluación del caso, debía enfrentarse a estar separada de su hija durante un mes, además de asistir a un taller durante ocho días en el que le otorgaron herramientas para alejar a su hija de situaciones peligrosas.

Asumió con determinación los parámetros que debía cumplir para tener de nuevo a su lado a su hija mayor. Reorganizó su rutina y durante ocho días de 10 a.m. a 12m. Bajó caminando desde Las Cruces hasta el hospital para recibir el taller en el que las trabajadoras sociales le impartían sus consejos sobre cómo se debe educar a los hijos. Allí conoció a madres vulneradas por sus compañeros sentimentales y recuerda particularmente la historia de una mujer que vendía en la calle, como ella, que había estado presa y que llevaba a sus hijos a trabajar. Se sintió identificada con ella porque trabajan en situaciones similares y porque le dijo que “los hijos son de uno y no tienen por qué quitárselos”.

Sin embargo, como lo establece el código de infancia y la adolescencia de 2006, se prestó la atención que paula Andrea requería cumpliendo con su protección. Como bien lo expone el ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar familiar):



“En el marco de lo definido en el artículo 29 de la Ley 1098 de 2006 – Código de la Infancia y la Adolescencia, asume la atención de los niños, desde la gestación hasta los 5 años de edad, garantizando de manera holística su derecho a la educación inicial, el cuidado, la salud y nutrición, la protección y participación, a través de una intervención en las dimensiones del desarrollo infantil temprano.”

Aunque para Mary luz la situación resultaba injusta, las autoridades competentes cumplieron con su función y le proporcionaron a ella y su hija la atención requerida para evitar este tipo de situaciones, así como orientarla para que sus dos pequeñas cuenten con los cuidados necesarios para su óptimo crecimiento y desarrollo infantil.

Siempre que Mary salía del taller que recibía por parte de los orientadores social-

es, caminaba a “los barrios” a trabajar, comía en la calle, a veces una sopa, a veces un pan y un jugo, pensando cada instante en recuperar a Paula. El segundo día de taller, la trabajadora social se acercó a ella para decirle que podía visitar a la niña en Bienestar Familiar una hora, todos los jueves. El primer día que le correspondió la visita

“En el marco de lo definido en el artículo 29 de la Ley 1098 de 2006 – Código de la Infancia y la Adolescencia, asume la atención de los niños, desde la gestación hasta los 5 años de edad, garantizando de manera holística su derecho a la educación inicial, el cuidado, la salud y nutrición, la protección y participación, a través de una intervención en las dimensiones del desarrollo infantil temprano.”



Fotografía por Sebastián Bessolo





se levantó temprano, se bañó con agua fría como acostumbra, se acercó al espejo y se recogió el pelo en una cola. Alistó ropa para Paula, se tomó un tinto y lo acompañó con un pan. Salió corriendo con cinco mil pesos en el bolsillo y ese día tomó un bus en la décima.

Cuando vio a Paula, pasados ocho días de indignación, tristeza y conflicto con Luis Alberto, rompió en llanto. Paula Andrea la abrazó y la llenó de besos. Mary Luz relata mientras le consiente la mano a su pequeña:

“No nos queríamos despegar. Yo la abrazaba, la consentía y le daba besos. La niña empezó a llorar y yo también. Yo le dije ese día que la iba a venir a visitar, que ella iba a estar ahí unos días y que la iban a cuidar, pero luego nos íbamos a ir a la casa y estaríamos juntas con su hermanita Yisel”.

Cuando se acabó la hora de visita, como si Paula Andrea estuviese pagando un crimen, Mary Luz sintió que dejaba un pedazo de su alma. De nuevo las lágrimas aparecieron para limpiar el dolor que presionaba el pecho y los días de madre e hija. Y así, cada semana Mary anheló la llegada del jueves tanto como Paula. Angustiada por el bienestar de su hija, en los días de visita se cercioraba que la salud de su pequeña mantuviera la sonrisa que la caracteriza.

En ese lugar que describe como frío, donde podía observar a varios niños tomando un descanso en un parque hecho de madera y plástico, mientras algunos corrían por el pequeño patio enrejado, ella abrazaba a su pequeña Paula que no tenía el pelo agarrado como suele llevarlo, pues Mary Luz siempre se ha preocupado por mantener a sus niñas bien peinadas. Así pues, Paula siempre esperó a su madre los jueves, para que le acariciara la cabeza mientras la peinaba con dulzura como siempre lo ha hecho.



Desde entonces, la niña siempre le pide a Mary que la peine antes de ir al colegio y para ambas se ha convertido en un ritual de unión entre madre e hija. También en un acto simbólico que conmemora la separación y la unión que marcó sus vidas.

Mientras el tono de su voz, quebrantado y abatido reafirma el cambio que tuvo para siempre la vida de esta ingana bogotana, Mary expresa con ahínco y empuñando las manos:

“Mi vida no ha sido nada fácil, pero no me quejo porque tengo salud y mis niñas también, pero este ha sido un castigo muy cruel que he vivido por la irresponsabilidad de Luis Alberto. Sola he vivido mi dolor, pero la lección más grande es que a mis hijas las cuido yo y cuando no pueda, sé que mi madrina me ayuda. Sólo yo entiendo mi dolor. Lo único que él hizo fue dejar de tomar esos días y llevar plata para la leche de Yisel y como siempre a mí nunca me llegó a preguntar si tenía hambre o sed”.

Sin embargo, a Mary Luz ya no le importa si su ex marido se preocupa por ella o no, porque su fortaleza es mayor desde que alejaron a Paula de sus brazos durante un mes y diez días que se convirtieron en una eternidad. Esta situación que describe como “castigo de la vida”, dejó una huella profunda en su maternidad y la manera cómo hoy asume el cuidado de sus hijas.

Los talleres que recibió en el hospital le sirvieron de aprendizaje para el cuidado de sus pequeñas. Sin embargo, para Mary Luz el aprendizaje de la maternidad ha estado ligado a la soledad, la indiferencia, la lucha diaria, el hambre y el frío; las noches de angustia esperando al que era su marido, pero sobre todo las enseñanzas de su madre Rosa Quinchoa de Tisoy, que pervive en sus recuerdos y las determinaciones para asumir la independencia. Mary Luz, a sus 20 años conoce de cerca la reivindicación de su maternidad, de su feminidad y la de



sus hijas.

Sin duda el mensaje de Luis Alberto dejó dicho todo aquello que con la palabra pudiese expresar en algún momento. Por ello, Mary Luz no sólo se aleja de este hombre físicamente, sino que como anuncia con la voz entrecortada, “se trata de un proceso de desprendimiento, de sacarlo de la cabeza y el corazón, porque él puede que un día ayude y compre la comida de las niñas, lo que no puede comprar es mi vida, ni la tranquilidad de mis niñas”, dice.

Así, una vez más, esta ingana bogotana se despoja de la armadura que carga a diario, revelando en medio de sus palabras llenas de sabiduría sobre la vida y sobre la maternidad, dilucidando y discerniendo con lenguaje, no sólo el verbal, sino corporal, que refleja a cada instante en la fortaleza de su mirada, en la seguridad de los pasos apresurados que la caracterizan, en su sonrisa de agradecimiento y en la vida palpitando en la existencia de sus hijas.



Ilustración de mujer Inga vestida para el Carnaval.
Esta ilustración refleja los símbolos femeninos ingas.





NI A PUNTA DE ‘FUETAZOS’

Mary Luz reconstruye su memoria particular a partir de una memoria colectiva ingana y bogotana. ello hace parte de una búsqueda del cumplimiento de las leyes para el beneficio de los miembros de la comunidad inga de Bogotá.

Esto permite dar cuenta de la existencia de instituciones distritales e instancias políticas, además del cabildo, que se encuentran al servicio de los ciudadanos como Mary, y ratifica que la independencia de esta mujer consiste justamente en alternar entre las posibilidades para salir adelante.

Así pues, Mary Luz hace parte de una generación ingana bogotana que se encuentra en proceso de reconocimiento de la diversidad que caracteriza el presente de su comunidad, que se ha visto permeada por la fragmentación, no sólo física y geográfica, sino del conocimiento respecto a la identidad cultural, sus orígenes y hasta la lengua, que es un legado inmaterial que han procurado recuperar integrando diversas estrategias para reparar los vacíos que se han perpetuado en medio de los cambios que han afrontado viviendo en la capital.

En ello, ha tomado un papel fundamental el cabildo que busca en los

cabildantes la participación constante para mejorar las leyes que los cobijan e integrarlos en la jurisdicción propia, que mantiene los derechos, deberes y legislaciones de los inganos, con las modificaciones que se han gestado según las necesidades de estos en la capital.

En el caso particular de Mary Luz, su conocimiento del idioma Inga, lo heredó de su madre, aunque asegura que lo entiende, no lo habla y sus dos hijas tampoco. Al mencionarle el cabildo, expresa con resignación:

“El gobernador ayuda al que quiere y también eso depende del poder que tenga una familia. Por eso es que yo saqué a Paula Andrea del jardín, porque una vez llegué tarde a recogerla y el gobernador me regañó, aunque le explicara que estaba trabajando en el sur y que se me hizo tarde. Él estaba furioso y me dijo que no tenían por qué estar cuidando a la niña, que yo sabía que tenía que recogerla a las 4 p.m., pero ese día no alcancé. Además siempre lo están regañando a uno cuando pido ayuda y la respuesta cuando no hay plata es: “trabaje”. Yo les digo que eso es lo que hago todos los días y ellos lo saben, pero en reali-





dad lo que pasa en el cabildo es que los que son más cercanos a los líderes, son los que más ayuda reciben”.

Ella se preocupa por el reconocimiento ingano de sus hijas, por la transmisión de los conocimientos tradicionales y las ventajas que proporciona el estado a los indígenas, como en el caso de la salud y la educación, entre otros.

Ante esta situación, la alternativa de esta madre ha sido abordar el tema de la educación de sus hijas justo como a ella le tocó: asistiendo al colegio público: cuando ella era pequeña no existían jardines indígenas y mucho menos instituciones etno-educativas.

Y aunque en la actualidad es una estrategia de recuperación de las raíces étnicas para las comunidades indígenas residentes en la capital, el caso de Mary Luz evidencia que aún no existe un control que permita a las nuevas generaciones gozar de estos procesos y que se asegure que los menores realmente accedan a una educación basada en los principios y características propias que los caracterizan como inganos.

Un claro ejemplo de ello, es que sus pequeñas hijas hablan y aprenden español como lengua materna, aunque Mary es consciente de la importancia del aprendizaje del idioma Inga, no pretende que se repita la misma historia que vivió cuando Paula Andrea asistía al jardín del cabildo, donde sintió que su hija no era atendida como era debido, además de los inconvenientes que tuvo con las autoridades y profesoras porque llegaba tarde a recoger a su hija, aunque intentaba llegar a tiempo, pero las caminatas desde Bosa hasta pocas cuadras del Hospital San Rafael donde se encuentra ubicado actualmente el jardín Wawita Kunapa Wasi, se demoraban alrededor de dos horas y era la única opción que tenía para desplazarse en la tarde a recoger a su hija. Esto también le cortaba el día de traba-

jo, y por ello decidió que su hija estudiara en un colegio público en Bosa.

Mary Luz tampoco tiene idea del idioma de sus padres, pues lo que sabe de ser inga son apenas los vestigios de su memoria, de los pocos años que compartió con sus padres y de la interacción intermitente con el cabildo.

En cuanto a su situación con Luis Alberto y la falencia que llevó a la separación de Mary y su hija, el cabildo tuvo conocimiento por medio de la propia voz de esta mujer que pidió ayuda desesperada ante el gobernador Isidoro Jajoy, que determinó como castigo cuatro “fuetazos”, y como lo dictaminan las leyes inga, él fue el encargado de propiciarlos en presencia de Mary Luz y las demás directivas del cabildo. Además, le obligaron a ayudarlo con 150.000 pesos mensuales para la educación y alimentación de las niñas, pero no ha cumplido con la sentencia.

Para ella, el cabildo sólo es una figura y no tiene ningún apoyo o respaldo por parte de este, pues ha sentido temor de ser castigada si acude de nuevo a las directivas para buscar alternativas de reparación en torno a su situación familiar. Además, la respuesta del gobernador respecto a la cuota que el padre de las menores le debe dar, pero no puede pagar, ha dejado a Mary Luz desprovista de la atención que pensaba recibir. Actualmente Paula Andrea no hace parte del jardín infantil Wawita Kunapa Wasi (casita de los niños), sino que asiste al colegio público.

Los latigazos no han resuelto ninguno de sus problemas y siente que para solucionar los problemas de sus paisanos, no es suficiente un castigo simbólico, sino que es necesario que se haga un seguimiento de los procesos de los cabildantes que acuden en busca de apoyo legal, pero sobre todo, que van en busca del respaldo de su jurisdicción propia.

En cuanto a su cercanía con la cultura ingana, Mary asiste esporádicamente a





las reuniones del cabildo en compañía de su madrina, pero es consciente de la falta de conocimiento que tiene respecto a las políticas que la cobijan y hasta de la manera en la cual pudo pertenecer a este. En principio, es debido a que es hija de padres inganos y como bien lo dice el reglamento es su derecho, pero se ha visto más respaldada por parte del Distrito, que por la misma jurisdicción a la que pertenece.

Su situación como madre soltera enfrenta el rechazo por parte de los miembros del cabildo inga de Bogotá. Sin embargo, como ciudadana bogotana ha recibido los subsidios que otorga la Alcaldía de Bogotá por medio de la Secretaría de Integración de Bogotá, sede Santafé. Aferrada a los aprendizajes que adquirió en su niñez, Mary Luz sabe que ser madre es un don sagrado, el de *“dar vida y expandir las semillas de los ancestros para preservar el orden del mundo”*.

Actualmente Mary Luz tiene veinte tres años, continúa vendiendo inciensos en los barrios en los que ha trabajado desde los quince. Sus dos hijas asisten al colegio y Mary luz las recoge a las 2 p.m. Trabaja hasta las 6 p.m. o 7 p.m. No ha logrado reunir el dinero suficiente para arrendar una habitación en la que pueda ubicarse con sus niñas y el altillo de la casa de los padres de Luis Alberto sigue siendo la morada de estas tres inganas-bogotanas.

Mary piensa que la situación va a cambiar pronto y trabaja a diario para sacar adelante a sus pequeñas. No se ha vuelto a casar y piensa que no lo volverá a hacer. Ahora cuenta con un subsidio de la Secretaría Distrital de Integración Social (SDIS), que consiste en un mercado mensual de productos no perecederos para ella y sus hijas. Esto le ha ayudado a ahorrar dinero para comprar ropa para ella, Paula Andrea y Yisel en San Victorino donde van de paseo y *“miramos el comercio, ropita, juguetes y nos comemos un helado, a veces los sábados, pero mejor los domingos después de la*



una que ya no trabajo más”, dice.

Detrás de cada mujer inga que vive en la ciudad de Bogotá, encontramos un tejido de conocimientos, de hilos de múltiples colores, esos que componen la multiplicidad de peripecias e historias que transcurren en los caudales de éste espacio geográfico anteriormente llamado Bacatá. La historia de Mary Luz es particular entre las mujeres inganas bogotanas, pues la generación actual cuenta con estudios básicos y superiores que han destacado los avances políticos y culturales de la comunidad en la ciudad de Bogotá.



REFERENCIAS CONSULTADAS

- Agreda, Antonia. (1998). Hacia la construcción de nuestro manual de convivencia del cabildo Inga de Santa Fe de Bogotá / memorias del primer y segundo seminario-taller inga para el diseño curricular propio de la escuela bilingüe Ingakunapa Iacha Uasi. Bogotá: Legis.
- Alcaldía Mayor de Bogotá. (2011). Formulación participativa de la Política Pública Distrital para el reconocimiento, garantía, protección y restablecimiento de derechos de los pueblos indígenas en Bogotá.
- Alcaldía Mayor de Bogotá. (2004). Metodología para la construcción colectiva del plan integral de vida del pueblo inga. Bogotá. Elaborado con la colaboración del Cabildo Inga de Bogotá.
- Bessolo Velásquez, Sebastián (2013). Inganas bogotanas: Líderes, educadoras y cabildantes. Monografía de grado para obtener el título de antropólogo. Universidad del Rosario. Escuela de Ciencias Humanas. Bogotá. D.C.
- Guevara Corral, R. D. (1997). La mujer inga proyección histórica, genérica y de identidad cultural. Edición patrocinada por Colciencias, Universidad del Valle y Fundación para la Investigación y la Cultura FICA. Bogotá: Gerardo Rivas Moreno Editor.
- ICBF. Instituto colombiano de Bienestar Familiar. <http://www.icbf.gov.co/portal/page/portal/PrimeraInfanciaICBF/Serviciosdeatencion>. Consultado en línea el 17 de septiembre de 2014
- Moreno, Zayda (2013). La diáspora de los inganos residentes en la zona céntrica de Bogotá: análisis de las actuales prácticas de identidad y memoria. Tesis de maestría en Estudios Sociales. Facultad de Humanidades. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá.
- Muñoz, Jairo. (1994). "Indígenas en la ciudad. El caso de los inganos en Bogotá". En: Pobladores urbanos Vol II. pp. 181-192. Bogotá. Tercer Milenio.
- ONIC (2007). Las rutas del saber. "IO ONODE". Una propuesta de atención intercultural para comunidades indígenas en contextos urbanos. Alcaldía Mayor de Bogotá. D.C. Secretaría de Educación Distrital Y Organización Nacional Indígena de Colombia.
- ONIC (2007). Mujeres indígenas. Sabias y resistentes. Voces y vivencias. Bogotá. Organización Nacional Indígena de Colombia.
- ONIC (2007). Mujeres indígenas. Género y cultura. Bogotá. Organización Nacional Indígena de Colombia.



Universidad del Rosario



AUTOR

Sebastián Bessolo Velásquez

DISEÑO E ILUSTRACIONES

Vanessa Andrea Reina Moreno

DEPARTAMENTO

Escuela de Ciencias Humanas

Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Bogotá, Colombia 2014